El GuardiÃ¡n de los Secretos

by pololina

Category: Hetalia - Axis Powers
Genre: Drama, Mystery
Language: Spanish
Characters: America, Belgium, Spain
Status: In-Progress
Published: 2016-04-09 08:25:03
Updated: 2016-04-09 08:25:03
Packaged: 2016-04-27 21:20:57
Rating: K+
Chapters: 2
Words: 9,487
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: En un dÃ-a de verano de 1961, un chico se encuentra fantaseando con futuro grandioso. Pero presenciarÃ¡ un crimen aterrador que lo cambiarÃ¡ todo. Ya en el presente, Alfred se ve abrumado por la sobra del pasado y el misterio de aquel dÃ-a. Y surge la historia de tres jÃ³venes â€”Emma, Emily, Antonioâ€” que coinciden en el Londres de la IIGM cuyas vidas quedarÃ¡n unidas de forma inexorable..

1. Pimera Parte, CapÃ-tulo 1

Hola! Les doy la bienvenida a esta nueva adaptaciÃ³n de la obra de Kate Morton. Ya habÃ-a subido un capÃ-tulo con anterioridad, pero lo borrÃ© porquÃ© no me gustÃ³ al final de cuentas. Sin embargo, espero que esta vez, le den una leÃ-da y sea de su agrado.

Sin mÃ¡s preÃ¡mbulos, comencemos.

*Notas al final del capÃ-tulo.

**PARTE I: **

ALFRED

1

La Inglaterra rural, una casa de labranza en medio de ninguna parte, un dÃ-a de verano a comienzos de los aÃ±os sesenta. Es una casa modesta: entramado de madera, pintura blanca medio descascarillada en la fachada oeste y una planta trepadora que se encarama por las paredes. De la chimenea surge una columna de humo y basta una mirada para saber que algo sabroso se cuece a fuego lento en la cocina. Lo sugiere algo en la disposiciÃ³n del huerto, tan preciso, en la parte trasera de la casa; en el orgulloso resplandor de la iluminaciÃ³n de las ventanas; en la cuidadosa alineaciÃ³n de las tejas.

Una valla rÃºstica rodea la casa, y a ambos lados una puerta de madera separa el cuidado jardÃ-n de los prados, mÃ¡s allÃ¡ de los cuales se extiende la arboleda. Entre los Ã¡rboles, sobre las piedras, serpentea un arroyo con ligereza, meciÃ©ndose entre la luz del sol y la sombra como ha hecho durante siglos, pero no se oye desde aquÃ-. Se halla demasiado lejos. La casa estÃ¡ muy aislada, al final de un camino largo y polvoriento, invisible desde la carretera cuyo nombre comparte.

Aparte de alguna brisa esporÃ¡dica, todo estÃ¡ inmÃ³vil, todo estÃ¡ en silencio. Un par de aros blancos de juguete, la moda del aÃ±o pasado, reposan contra el arco que forma una glicina. Un oso de peluche blanco con una mirada tolerante y digna, vigila desde su atalaya en la cesta de un carrito de lavanderÃ-a verde. Una carretilla cargada con macetas espera paciente junto al cobertizo.

A pesar de su quietud, o tal vez por ello, la escena despierta una expectaciÃ³n electrizante, como una escena de una pelÃ-cula de acciÃ³n antes de que algo explote. Cuando todas las posibilidades se extienden ante nosotros y el destino aÃºn no ha adquirido forma alguna, en ese momento...

â€” Â¡Alfred! â€”La voz impaciente de un niÃ±o, a cierta distanciaâ€”. Alfred, Â¿dÃ³nde estÃ¡s?

Y es como si el hechizo se hubiese desvanecido. Las luces de la casa se atenÃºan; se cambiÃ³ la escena.

Unas gallinas aparecen de la nada para picotear entre los ladrillos de la huerta, un arrendajo arrastra su sombra por el jardÃ-n, un tractor en la pradera cercana despierta a la vida. Y muy por encima de todos, tumbado de espaldas en el suelo de la casa del Ã¡rbol, un muchacho de diecisÃ©is aÃ±os aprieta contra el paladar el caramelo de limÃ³n que ha estado chupando y suspira.

Era cruel, suponÃ-a, dejarles que lo siguiesen buscando, pero, con ese calor y el secreto que Alfred albergaba en su interior, el esfuerzo de jugar (y jugar a juegos infantiles) era simplemente demasiado. AdemÃ¡s, formaba parte del desafÃ-o y, como siempre decÃ-a papÃ¡, lo justo era justo y nunca aprenderÃ-an si no lo intentaban. No era culpa de Alfred que se le diese tan bien encontrar escondites.

Ellos eran mÃ¡s jÃ³venes, cierto, pero tampoco eran bebÃ©s. Y, de todos modos, no querÃ-a que lo encontrasen. No hoy. No ahora. Lo Ãºnico que querÃ-a era yacer ahÃ-, dejar que la brisa meciera sus cabellos, mientras los recuerdos de Ã©l iban invadiendo su mente.

Michelle.

CerrÃ³ los ojos y ese nombre se esbozÃ³ con elegancia en la oscuridad de los pÃ¡rpados. Eran letras de neÃ³n, un rojo neÃ³n de color intenso. Le picaba la piel y girÃ³ el caramelo para que el centro hueco hiciese equilibrios sobre la punta de la lengua.

Michelle Buviere.

Esa manera en que lo miraba por encima de sus gafas de sol negras, esa sonrisa encantadora, ese cabello, su piel morena y

exÃ³tica...

HabÃ-a sido un flechazo, tal como esperaba del amor verdadero. Ã‰l y Sheldon se habÃ-an bajado del autobÃºs cinco sÃ¡bados atrÃ¡s para encontrar a Michelle y sus amigas fumando cigarrillos en los escalones del salÃ³n de baile. Sus miradas se cruzaron y Alfred dio gracias a Dios por haber decidido que la paga de un fin de semana era un precio justo por un par de sneakers nuevos.

â€”Vamos, Alfred. â€”Era Arthur, cuya voz desfallecÃ-a bajo el calor del dÃ-aâ€”. Â¿Por quÃ© no juegas limpio?

Alfred cerrÃ³ los ojos con mÃ¡s fuerza.

HabÃ-an bailado todos los bailes juntos. La banda tocÃ³ mÃ¡s rÃ¡pido, se despeinÃ³, -habÃ-a copiado el peinado de _James Dean_ de la portada de _Life_-, le dolÃ-an los pies, pero aun asÃ- siguiÃ³ bailando. Y no se detuvo hasta que Sheldon, molesto porque no le habÃ-a hecho caso, se acercÃ³ como si fuese su tÃ-o y dijo que estaba a punto de salir el Ãºltimo autobÃºs a casa, por si a Alfred le importaba volver a tiempo (Ã©l, Sheldon, estaba convencido de que no le importaba en absoluto). Y entonces, mientras Sheldon daba golpecitos con el pie y Alfred se despedÃ-a ruborizado, Michelle le habÃ-a agarrado la mano y la acercÃ³ a ella, y en lo mÃ¡s hondo Alfred supo con una claridad cegadora que este momento, este momento hermoso, estrellado, lo habÃ-a estado esperando durante toda su vida...

â€”Oh, haz lo que quieras. â€”El tono de Arthur era cortante, enfadadoâ€”. Pero no me eches la culpa cuando veas que no queda tarta de cumpleaÃ±os.

Pasado el mediodÃ-a, el sol habÃ-a comenzado su descenso y un rayo de calor entrÃ³ por la ventana de la casa del Ã¡rbol, coloreando el interior de los pÃ¡rpados de Alfred de color turquesa. Se sentÃ³, pero no hizo movimiento alguno para salir de su escondite. Era una amenaza poderosa (la debilidad de Alfred por la tarta de su madre era legendaria), pero vacÃ-a. Alfred sabÃ-a muy bien que el cuchillo de las tartas yacÃ-a olvidado en la mesa de la cocina, extraviado en medio del caos de la familia al reunir cestas de picnic, mantas, limonada con burbujas, toallas de baÃ±o, el nuevo transistor y salir a toda prisa de la casa. Lo sabÃ-a porque, cuando volviÃ³ sobre sus pasos y, con el pretexto de jugar al escondite, se colÃ³ dentro de la casa fresca y en penumbra para ir a buscar el paquete, habÃ-a visto el cuchillo junto al frutero, el lazo rojo en el mango.

El cuchillo era una tradiciÃ³n: habÃ-a cortado todas las tartas de cumpleaÃ±os, los pasteles de Navidad, las tartas para-animar-a-alguien de la familia Kirkland, y su madre no se apartaba nunca de la tradiciÃ³n. Luego, hasta que alguien fuese a recuperar el cuchillo, Alfred sabÃ-a que era libre. Y Â¿por quÃ© no? En una casa como la suya, donde los minutos silenciosos eran mÃ¡s raros que un perro verde, donde siempre habÃ-a alguien que entraba por una puerta o daba un portazo, desperdiciar un momento Ã-ntimo era una especie de sacrilegio.

Hoy, sobre todo, necesitaba tiempo para sÃ- misma.

El paquete habÃ-a llegado con el Ãºltimo reparto del jueves y, en un golpe de suerte, fue Matthew quien vio al cartero, no Arthur, Peter o

â€”gracias a Diosâ€” su madre.

Alfred supo de inmediato quiÃ©n lo habÃ-a enviado. Sus mejillas estaban coloradÃ-simas, pero se las arreglÃ³ para balbucear unas palabras sobre Sheldon y una banda y un Ã¡lbum que le iban a prestar. Matthew ni siquiera percibiÃ³ ese esfuerzo para embaucarla, pues su atenciÃ³n, poco fiable en el mejor de los casos, ya se habÃ-a centrado en una mariposa que se posaba en el poste de la cerca.

MÃ¡s tarde, esa misma noche, cuando se apiÃ±aron frente a la televisiÃ³n para ver _Juke Box Jury_, y Arthur y Peter comparaban los mÃ©ritos de Cliff Richard y Adam Faith, y su padre se lamentaba del falso acento americano de este Ãºltimo, muestra de la decadencia del Imperio britÃ¡nico, Alfred se marchÃ³ sigilosamente. EchÃ³ el cerrojo al cuarto de baÃ±o y soltÃ³ un gran suspiro.

Con los dedos temblorosos, desgarrÃ³ un lado del paquete.

En su regazo cayÃ³ un libro pequeÃ±o envuelto en papel de seda. LeyÃ³ el tÃ-tulo a travÃ©s del papel, _El caso de Charles Dexter Ward_ de H. P. Lovecraft, y un escalofrÃ-o le recorriÃ³ la columna vertebral.

Desde entonces, habÃ-a dormido con el libro en el interior de la funda de la almohada. No es que fuese muy cÃ³modo, pero le gustaba mantenerlo cerca. Necesitaba tenerlo cerca. Era importante.

HabÃ-a momentos, creÃ-a Alfred solemnemente, en los que una persona se veÃ-a en una encrucijada, cuando algo ocurrÃ-a, sin previo aviso, para cambiar el curso de los acontecimientos. Cuando vio anunciado una proyecciÃ³n especial la cinta de 1963 con el tÃ-tulo de _El Palacio de los Malditos_, habÃ-a sido uno de esos momentos. Al enterarse por el periÃ³dico, sintiÃ³ unas ganas inexplicables de asistir. Dijo a sus padres que iba a visitar a Sheldon, a quien pidiÃ³ que guardase el mayor de los secretos, y cogiÃ³ el autobÃºs a Cambridge, en cuya biblioteca pÃºblica iba a proyectarse.

Fue su primer viaje solo y, mientras veÃ-a la cinta, sintiÃ³ una elevaciÃ³n del espÃ-ritu como nunca habÃ-a experimentado antes. Era la clase de revelaciÃ³n de la que las ruborizadas seÃ±oritas Buxton parecÃ-an disfrutar en la iglesia los domingos por la maÃ±ana y, aunque Alfred sospechaba que su entusiasmo tenÃ-a mÃ¡s que ver con el nuevo y joven rector que con la palabra de Dios, ahÃ- sentado, al borde de una butaca barata, mientras el drama que vivÃ-an los personajes que iba de mal en peor le comprimÃ-a el pecho y sumaba su vida a la de Ã©l, sintiÃ³ el calor de su rostro arrebatado y lo supo. No estaba seguro de quÃ© exactamente, pero lo supo con una certeza absoluta: en la vida habÃ-a algo mÃ¡s, algo que aguardaba su llegada.

Se habÃ-a guardado el secreto para sÃ- mismo, sin saber quÃ© hacer con Ã©l, sin tener ni idea de cÃ³mo explicÃ¡rselo a otra persona, hasta que la otra noche, con los brazos de ella alrededor de Ã©l y la mejilla de Ã©l apoyada contra su sedosa cabellera, le confesÃ³ todo a Michelle...

Alfred sacÃ³ la carta del interior del libro y la leyÃ³ de nuevo. Era breve, y solo decÃ-a que lo estarÃ-a esperando al final de la calle el sÃ¡bado a las dos y media de la tarde... HabÃ-a un pequeÃ±o lugar que querÃ-a mostrarle, su lugar preferido en la costa.

Alfred mirÃ³ el reloj. Quedaban menos de dos horas.

AsintiÃ³ cuando le hablÃ³ sobre el libro, la pelÃ-cula y cÃ³mo le habÃ-an hecho sentirse, hablÃ³ de AmÃ©rica y Hollywood y los enormes estudios de filmaciÃ³n, y Alfred entreviÃ³ un mundo de posibilidades. Y entonces, en un derroche de felicidad (de esa felicidad de charlar con alguien que por fin te comprende), la besÃ³, su primer beso de verdad, y una bombilla elÃ©ctrica explotÃ³ dentro de su cabeza, asÃ-que todo se volviÃ³ de un blanco ardiente.

Se acercÃ³ a donde Peter habÃ-a clavado un pequeÃ±o espejo de mano y se mirÃ³, acomodÃ¡ndose sus anteojos. Satisfecho tras comprobar que quedaban bien, Alfred se arreglÃ³ el flequillo y tratÃ³ de apaciguar la inquietante sensaciÃ³n de haber olvidado algo importante. Se habÃ-a acordado de la toalla de baÃ±o; ya llevaba puesto el baÃ±ador bajo sus _jeans_; habÃ-a dicho a sus padres que la seÃ±ora Hodgkins necesitaba que pasase unas horas extra en la carnicerÃ-a, para barrer y limpiar.

Alfred se apartÃ³ del espejo y resoplÃ³. No era propio de Ã©l andar a escondidas, no del todo; era un buen chico, todo el mundo lo decÃ-a (sus profesores, las madres de sus amigos, la seÃ±ora Hodgkins), pero Â¿quÃ© otra opciÃ³n tenÃ-a? Â¿CÃ³mo podrÃ-a explicÃ¡rselo a su madre y a su padre?

SabÃ-a con certeza meridiana que sus padres nunca habÃ-an sentido el arrebato del amor; no importaban las historias que contaban acerca de cÃ³mo se conocieron. Oh, se amaban el uno al otro, pero era un amor de adultos, acogedor, ese que se manifestaba en apretones de hombros e infinitas tazas de tÃ©. No... Alfred suspirÃ³. Se podÃ-a decir que ninguno de los dos habÃ-a conocido el otro tipo de amor, el amor con fuegos artificiales, corazones desbocados y deseos (sacudiÃ³ la cabeza) carnales.

Una cÃ¡lida rÃ¡faga de viento vino acompaÃ±ada del distante sonido de la risa de su madre, y la conciencia, por vaga que fuese, de que su vida se encontraba ante un precipicio le hizo sentir cariÃ±o. _MamÃ¡_. Ella no tenÃ-a la culpa de que su juventud se desperdiciase en la guerra. De que hubiera tenido casi veinticinco aÃ±os cuando conociÃ³ a papÃ¡ y se casÃ³ con Ã©l; de recurrir aÃºn a su talento para hacer barcos de papel cuando uno de ellos necesitaba Ã¡nimos; de que para ella el mejor momento del verano hubiese sido ganar el premio del Club de JardinerÃ-a, por lo cual su fotografÃ-a apareciÃ³ en los periÃ³dicos. (No solo en el periÃ³dico local: el artÃ-culo habÃ-a sido publicado en la prensa londinense, en un especial acerca de los acontecimientos regionales. El padre de Sheldon, un abogado, lo habÃ-a recortado con gran placer de su periÃ³dico y vino a mostrÃ¡rselo). MamÃ¡ se hizo la tÃ-mida y se quejÃ³ cuando papÃ¡ pegÃ³ el recorte en la puerta del nuevo frigorÃ-fico, pero sin poner mucho empeÃ±o, y no lo quitÃ³.

No, estaba orgullosa de sus larguÃ-simas judÃ-as verdes, muy orgullosa, y a eso exactamente se referÃ-a Alfred. De una manera extraÃ±a e indescriptible, era mÃ¡s piadoso engaÃ±ar a una persona que se enorgullecÃ-a de sus judÃ-as verdes que obligarla a aceptar que el mundo habÃ-a cambiado.

Alfred no tenÃ-a demasiada experiencia con el engaÃ±o.

Eran una familia unida, todos sus amigos lo comentaban. Se lo decÃ-an a la cara y, lo sabÃ-a, lo decÃ-an a sus espaldas. Por lo que respectaba a sus conocidos, los Kirkland habÃ-an cometido el sospechosÃ-simo pecado de llevarse bien entre sÃ-. Pero, Ãºltimamente, las cosas habÃ-an sido diferentes. Aunque Alfred cumplÃ-a con las formalidades de siempre, habÃ-a percibido una nueva y extraÃ±a distancia. FrunciÃ³ ligeramente el ceÃ±o cuando unos mechones cayeron sobre su visiÃ³n debido a la brisa estival. Por la noche, sentados a la mesa, mientras su padre hacÃ-a esas bromas entraÃ±ables que no tenÃ-an gracia, aunque se reÃ-an de todos modos, Alfred sentÃ-a que estaba fuera, mirÃ¡ndolo, como si ellos viajasen en el vagÃ³n de un tren, compartiendo los viejos ritmos familiares, y solo Ã©l se quedase en la estaciÃ³n mientras los demÃ¡s se alejaban.

Salvo que era Ã©l quien iba a dejarlos, y pronto. Ya lo tenÃ-a investigado: adonde tenÃ-a que ir era a la Escuela de DirecciÃ³n CinematogrÃ¡fica. Se preguntÃ³ quÃ© dirÃ-an sus padres cuando les contase que querÃ-a irse. Ninguno de los dos tenÃ-a mucho mundo (su madre ni siquiera habÃ-a ido a Londres desde el nacimiento de Alfred Â¡menos a su paÃ-s natal!) y la mera sugerencia de que su hijo mayor se planteara mudarse allÃ-, y ademÃ¡s para dedicarse a la inestable vida del cine, con toda probabilidad les causarÃ-a una apoplejÃ-a.

Abajo, la ropa tendida se meciÃ³ hÃºmeda. Una pernera de los vaqueros que la abuela Kirkland tanto detestaba (Â«Pareces un ordinario, Alfred... No hay nada peor que un muchacho que se va con cualquieraÂ») se sacudÃ-a contra la otra, lo cual asustÃ³ a una gallina, que cloqueÃ³ y caminÃ³ en cÃ-rculos. Alfred deslizÃ³ sus gafas de montura negra sobre la nariz y se dejÃ³ caer contra la pared de la casa del Ã¡rbol. El problema era la guerra. Se habÃ-a acabado hacÃ-a mÃ¡s de diecisÃ©is aÃ±os (toda su vida) y el mundo habÃ-a seguido adelante. Todo era diferente ahora; las mÃ¡scaras antigÃ¡s, los uniformes, las cartillas de racionamiento y todo lo demÃ¡s solo tenÃ-an sentido en el viejo baÃºl caqui que su padre guardaba en la buhardilla. Por desgracia, algunas personas no parecÃ-an darse cuenta de ello; concretamente, toda la poblaciÃ³n que sobrepasaba los veinticinco aÃ±os.

Michelle le dijo que nunca encontrarÃ-a las palabras que les hiciesen comprender. Dijo que se trataba de algo llamado brecha generacional y que intentar explicarse era inÃºtil, que era como en ese libro de Alan Sillitoe que llevaba a todas partes en el bolsillo: los adultos no comprendÃ-an a sus hijos y, si lo hacÃ-an, es que se estaban equivocando en algo.

Un rasgo habitual de Alfred (el chico bueno, leal a su familia) hubiera sido mostrar su desacuerdo, pero no con ella. En vez de ello, sus pensamientos se centraron en esas noches recientes en que lograba alejarse con sigilo de sus hermanos, cuando salÃ-a al atardecer, con una radio oculta bajo la camiseta, y subÃ-a a la casa del Ã¡rbol. AhÃ-, solo, se apresuraba a sintonizar Radio Luxemburgo y se recostaba en la oscuridad, dejando que la mÃºsica lo envolviese. Y a medida que se iba adentrando en el aire inmÃ³vil del campo, cubriendo ese paisaje antiguo con las canciones mÃ¡s modernas, a Alfred se le erizaba la piel con la sublime intoxicaciÃ³n de saberse parte de algo inmenso: una conspiraciÃ³n mundial, un secreto grupal. Una nueva generaciÃ³n de jÃ³venes, todos a la escucha en este preciso instante, sabedores de que la vida, el mundo, el futuro estaban ahÃ-,

esperÃ¡ndolos...

Alfred abriÃ³ los ojos y el recuerdo se desvaneciÃ³. No obstante, su calidez persistiÃ³, y se estirÃ³ satisfecho, siguiendo el vuelo de un grajo. Vuela, pajarito, vuela. AsÃ- serÃ-a Ã©l, en cuanto terminase el colegio. ContinuÃ³ mirando y solo parpadeÃ³ cuando el ave era un punto en el lejano azul, y se dijo a sÃ- mismo que, si lograba esta proeza, sus padres verÃ-an las cosas a su manera y ante Ã©l se abrirÃ-a un futuro prometedor.

Sus ojos se mostraron triunfales y dejÃ³ que su mirada se posase en la casa: la ventana de su habitaciÃ³n, la gardenia que su madre habÃ-a plantado sobre el pobre cadÃ¡ver de Pelusa, el gato, la rendija entre los ladrillos donde, _quÃ© vergÃ¼enza_, solÃ-a dejar notas para los duendecillos.

Eran recuerdos vagos de un tiempo acabado, de un niÃ±o pequeÃ±o que recogÃ-a caracolas en una charca a orillas del mar, de cenar todas las noches en el cuarto delantero de la pensiÃ³n que su abuela tenÃ-a en la costa, pero eran como un sueÃ±o. La casa de labranza habÃ-a sido su Ãºnico hogar. Y, aunque no pretendÃ-a tener un sillÃ³n propio, le gustaba ver a sus padres en sus sillones por la noche; saber, mientras iba quedÃ¡ndose dormida, que se hablaban en susurros al otro lado de esa pared tan fina; que bastaba estirar un brazo para molestar a uno de sus hermanos.

Iba a echarlos de menos cuando se fuese.

Alfred parpadeÃ³. Los iba a echar de menos. Fue una certeza sÃºbita y abrumadora. CayÃ³ en su estÃ³mago como una piedra. CompartÃ-an la misma ropa, le dejaban sin punta sus lÃ¡pices de colores, le rayaban los discos, pero los iba a echar de menos. El ruido y el calor, el movimiento y las riÃ±as, y la alegrÃ-a aplastante. Eran como una camada de cachorros que retozaban en su habitaciÃ³n compartida. Abrumaban a los visitantes y eso les gustaba. Eran los jÃ³venes Kirkland: Alfred, Matthew, Arthur y Peter; sus muchachos, como papÃ¡ decÃ-a extasiado cuando habÃ-a bebido una cerveza de mÃ¡s.

Pilluelos de mil demonios, segÃºn proclamaba la abuela tras sus visitas estivales. Ahora oÃ-a el jolgorio y los gritos distantes, los sonidos remotos y acuosos del verano junto al arroyo. Algo dentro de Ã©l se tensÃ³ como si hubieran tirado de una cuerda. PodÃ-a imaginarlos, igual que el retablo de un cuadro antiguo. Los pies descalzos, persiguiÃ©ndose unos a otros a lo largo del riachuelo; Matthew se ponÃ-a a salvo en las rocas, los delgados tobillos colgando en el agua mientras dibujaba con un palo mojado; Arthur, (con sus pobladas cejas) empapado y furioso por ello; Peter, con su tÃ-pico gorrito de marinero, se tronchaba de risa. HabrÃ-an extendido el mantel de picnic a cuadros sobre la orilla cubierta de hierba y su madre estarÃ-a cerca, metida hasta las rodillas en la curva donde el agua corrÃ-a mÃ¡s rÃ¡pido, para soltar su Ãºltimo barco. Su padre estarÃ-a mirando a un lado, con los pantalones enrollados y un cigarrillo en los labios. En su rostro (Alfred lo veÃ-a con claridad meridiana), esa expresiÃ³n tan suya de ligero desconcierto, como si le costase creer que la fortuna le hubiese deparado estar en ese lugar, en ese preciso momento.

Salpicando a los pies de su padre, dando grititos y riendo mientras sus manos, pequeÃ±itas y regordetas, se estiraban en busca del barco de mamÃ¡, estarÃ-a la bebÃ©. La adoraciÃ³n de todos ellos...

La bebÃ©. TenÃ-a nombre, por supuesto, Alice, pero nadie la llamaba asÃ-. Era un nombre de adulta y ella era todavÃ-a una bebÃ©. Hoy cumplÃ-a dos aÃ±os, pero aÃºn tenÃ-a una cara redonda y con hoyuelos, los ojos resplandecÃ-an traviesos y sus piernas eran gordinflonas y deliciosas. A veces Alfred sentÃ-a una tentaciÃ³n casi irresistible de apretujarlas con todas sus fuerzas. Todos competÃ-an por ser su favorito y todos clamaban victoria, pero Alfred sabÃ-a que su rostro se iluminaba de una manera especial con Ã©l.

Era impensable, por tanto, que se perdiese ni un segundo de su fiesta de cumpleaÃ±os. Â¿A quÃ© estaba jugando escondido tanto tiempo en la casa del Ã¡rbol, sobre todo cuando planeaba escaparse junto a Michelle mÃ¡s tarde?

Alfred frunciÃ³ el ceÃ±o y sorteÃ³ una serie de recriminaciones acaloradas que enseguida se enfriaron hasta formar una decisiÃ³n. Se enmendarÃ-a: bajarÃ-a, cogerÃ-a el cuchillo de cumpleaÃ±os de la mesa de la cocina y lo llevarÃ-a al arroyo sin perder tiempo. SerÃ-a un hijo modelo, el perfecto hermano mayor. Si completaba esa tarea antes de que pasaran diez minutos segÃºn su reloj, se darÃ-a un positivo en esa cartilla de notas imaginaria que siempre llevaba consigo. La brisa soplaba cÃ¡lida contra su pie descalzo y bronceado cuando, apresurado, pisÃ³ el peldaÃ±o superior.

MÃ¡s tarde, Alfred se preguntarÃ-a si todo habrÃ-a sido diferente de haber ido un poco mÃ¡s despacio. Si, quizÃ¡s, podrÃ-a haber evitado ese suceso horrible de haber sido mÃ¡s cuidadoso. Pero no lo fue, y no lo evitÃ³. Iba a toda prisa y por eso siempre se culparÃ-a a sÃ-mismo de lo que ocurrirÃ-a a continuaciÃ³n. En ese momento, sin embargo, fue incapaz de contenerse. Con la misma intensidad que antes habÃ-a deseado estar solo, la necesidad de encontrarse en el meollo de la acciÃ³n lo poseyÃ³ con un apremio pasmoso.

HabÃ-a ocurrido a menudo Ãºltimamente. Era como la veleta en lo alto del tejado de _Middlearth_: sus emociones viraban de una direcciÃ³n a otra segÃºn el capricho del viento. Era extraÃ±o, y a veces lo asustaba, pero en cierto sentido era tambiÃ©n emocionante. Como viajar dando bandazos a orillas del mar.

En este caso, fue, ademÃ¡s, perjudicial. Pues, en su prisa desesperado por unirse a la fiesta junto al arroyo, se golpeÃ³ la rodilla contra el suelo de madera de la casa del Ã¡rbol. El rasguÃ±o escocÃ-a e hizo una mueca de dolor al bajar la vista para ver cÃ³mo manaba sangre de un rojo sorprendente. En lugar de seguir bajando, subiÃ³ de nuevo a la casa del Ã¡rbol para examinar la herida.

AÃºn estaba ahÃ- sentado, observando su rodilla lastimada, maldiciendo sus prisas y preguntÃ¡ndose si Michelle notarÃ-a esa herida, cÃ³mo podrÃ-a disimularla, cuando percibiÃ³ un ruido que procedÃ-a del bosquecillo. Un ruido susurrante, natural y sin embargo tan distinto de los otros sonidos de la tarde que le llamÃ³ la atenciÃ³n. EchÃ³ un vistazo por la ventana de la casa del Ã¡rbol y vio a Oso caminando torpÃ³n sobre la hierba crecida, las orejas sedosas meciÃ©ndose como alas de terciopelo. Su madre caminaba no muy lejos, avanzando a zancadas hacia el jardÃ-n, con un vestido de verano tejido a mano. La bebÃ© reposaba cÃ³modamente sobre su cadera, con las piernecitas desnudas debido al calor del dÃ-a.

Si bien aÃºn estaban a cierta distancia, por un extraÃ±o efecto del

viento Alfred podÃ-a oÃ-r con claridad la canciÃ³n que su madre canturreaba. Era una canciÃ³n que les habÃ-a cantado a todos ellos, y la bebÃ© reÃ-a encantada y gritaba: Â«Â¡MÃ¡s! Â¡MÃ¡s!Â» (Aunque parecÃ-a decir: Â«Â¡Ma! Â¡Ma!Â»), mientras su madre recorrÃ-a su tripita con los dedos para hacerle cosquillas en la barbilla. Estaban tan concentrados el uno en el otro, ofrecÃ-an un aspecto tan idÃ-lico en ese prado soleado que Alfred se debatÃ-a entre el goce de haber observado ese momento tan Ã-ntimo y la envidia por no formar parte de Ã©l.

A medida que su madre descorrÃ-a el pestillo de la puerta y se acercaba a la casa, Alfred comprendiÃ³ con desÃ¡nimo que habÃ-a ido a buscar el cuchillo de los cumpleaÃ±os.

A cada paso de su madre, Alfred veÃ-a alejarse aÃºn mÃ¡s la oportunidad de redimirse. Se fue enfurruÃ±ando, y ese mal humor, que le impidiÃ³ llamarla o bajar, lo dejÃ³ clavado en el suelo de la casa del Ã¡rbol. AhÃ- permaneciÃ³ sentado, sufriendo cabizbajo de un modo extraÃ±amente placentero, mientras su madre avanzaba y entraba en la casa.

Uno de los aros de juguete cayÃ³ en silencio al suelo, y Alfred interpretÃ³ esa acciÃ³n como una muestra de solidaridad. DecidiÃ³ quedarse donde estaba. Que lo echasen de menos un poco mÃ¡s; ya irÃ-a al arroyo cuando estuviese listo. Mientras tanto, iba a leer _El caso de Charles Dexter Ward_ al tiempo que imaginaba un futuro lejos de aquÃ-, una vida llena de adrenalina, adulta, sin costras.

El hombre, cuando apareciÃ³ por primera vez, era apenas un borrÃ³n en el horizonte, justo al otro extremo del camino. Alfred no llegÃ³ a saber con certeza, mÃ¡s adelante, por quÃ© alzÃ³ la vista en ese momento. Durante un segundo espantoso, cuando lo percibiÃ³ caminando hacia la parte trasera de la casa de labranza, Alfred pensÃ³ que se trataba de Sheldon, que habÃ-a llegado de manera impertinente y complicarÃ-a sus planes con Michelle. Solo cuando su silueta adquiriÃ³ forma y comprendiÃ³ que no era su ropa (pantalones oscuros, mangas de camisa y un sombrero negro de ala anticuada) se permitiÃ³ un suspiro de alivio. La curiosidad no tardÃ³ en ocupar el lugar del alivio. Las visitas eran poco frecuentes en la casa, menos frecuentes todavÃ-a aguellas que llegaban a pie, si bien un recuerdo se ocultaba en un rincÃ³n de la mente de Alfred mientras observaba a ese hombre que se acercaba, un extraÃ±o sentimiento de _dÃ©jÃ vu_ que no lograba explicarse por mÃ¡s que lo intentara. Alfred olvidÃ³ su mal humor y, gracias a ese escondite privilegiado, se entregÃ³ a mirar de hito en hito.

ApoyÃ³ los codos en el alfÃ©izar y la barbilla en las manos. No era mal parecido para un hombre de su edad y en su actitud algo sugerÃ-a la confianza de tener un objetivo. He aquÃ- un hombre que no necesitaba apresurarse. Con certeza, no era alguien conocido, uno de los amigos de su padre venido del pueblo ni un mozo de labranza. Siempre quedaba la posibilidad de que fuese un viajero perdido en busca de indicaciones, pero la casa era una eleccIÃ³n improbable, alejada como estaba de la carretera. Â¿Y si se trataba de un gitano o un vagabundo? Uno de esos hombres que aparecÃ-an por casualidad, que pasaba una mala racha y agradecerÃ-a cualquier trabajillo que su padre le ofreciese. O (Alfred se preocupÃ³ ante esa idea terrible) quizÃ¡s se tratase de ese hombre sobre el cual habÃ-a leÃ-do en el periÃ³dico local, ese que los adultos mencionaban nerviosos, que habÃ-a molestado a los excursionistas y asustado a las mujeres que

caminaban solas por una curva oculta rÃ-o abajo.

Alfred se estremeciÃ³, asustÃ¡ndose a sÃ- mismo por un instante, y a continuaciÃ³n bostezÃ³. El hombre no era un demonio; ya podÃ-a ver su cartera de cuero. Era un vendedor que venÃ-a a hablar con su madre acerca de la nueva enciclopedia sin la cual no podrÃ-an vivir.

Y, por tanto, apartÃ³ la vista.

Pasaron los minutos, no muchos, y lo siguiente que oyÃ³ fue el gruÃ±ido quedo de Oso al pie del Ã¡rbol. Alfred se acercÃ³ a la ventana a toda prisa y vio al spaniel plantado en medio del camino de ladrillo. Estaba frente a la entrada, observando al hombre, ya mucho mÃ¡s cerca, que hurgaba en la puerta de hierro que daba al jardÃ-n.

â€”Calla, Oso â€”dijo la madre desde el interiorâ€”. No vamos a tardar mucho. â€”SaliÃ³ del vestÃ-bulo en penumbra y se detuvo ante la puerta abierta para susurrar algo al oÃ-do de la bebÃ©, para besar ese moflete rollizo y hacerle reÃ-r.

DetrÃ¡s de la casa, la puerta cercana al patio de las gallinas chirriÃ³ (ese gozne siempre necesitaba aceite) y el perro gruÃ±Ã³ de nuevo. Se le erizÃ³ el pelo del lomo.

â€”Basta, Oso â€”dijo su madreâ€”. Â¿QuÃ© te pasa?

El hombre dio la vuelta a la esquina y ella mirÃ³ a un lado.

La sonrisa desapareciÃ³ de su rostro.

â€”Hola â€”dijo el desconocido, que se detuvo para pasarse el paÃ±uelo por las sienesâ€”. QuÃ© buen tiempo hace.

La cara de la bebÃ© se iluminÃ³ de gozo ante el reciÃ©n llegado y estirÃ³ las manos regordetas, abriÃ©ndolas y cerrÃ¡ndolas en un saludo entusiasta. Era una invitaciÃ³n que nadie podrÃ-a rechazar, y el hombre guardÃ³ el paÃ±uelo en el bolsillo y se acercÃ³, alzando la mano ligeramente, como si fuese a bendecir a la pequeÃ±a.

En ese momento su madre se moviÃ³ con una velocidad asombrosa. AlejÃ³ a la bebÃ©, depositÃ¡ndola sin delicadeza en el suelo, detrÃ¡s de ella. Bajo sus piernecitas desnudas habÃ-a grava, y para una niÃ±a que solo habÃ-a conocido cariÃ±os y atenciones esa impresiÃ³n fue mÃ¡s de lo que pudo aguantar. Abatida, comenzÃ³ a llorar.

Alfred se quedÃ³ helado, incapaz de moverse. Se le puso de punta el vello de la nuca. Estaba observando la cara de su madre y vio una expresiÃ³n que no habÃ-a visto nunca antes. Era miedo, comprendiÃ³: su madre estaba asustada.

El efecto en Alfred fue instantÃ¡neo. Las certezas de toda una vida quedaron reducidas a un humo llevado por el viento. En su lugar surgiÃ³ una frÃ-a alarma.

â€”Hola, Emma â€”dijo el hombreâ€”. CuÃ¡nto tiempo.

SabÃ-a cÃ³mo se llamaba su madre. El hombre no era un desconocido.

HablÃ³ de nuevo, tan bajo que Alfred no pudo oÃ-rlo, y su madre asintiÃ³ levemente. ContinuÃ³ escuchando, con la cabeza inclinada a un lado. AlzÃ³ la cara al sol y sus ojos se cerraron durante solo un segundo.

Lo siguiente ocurriÃ³ muy rÃ¡pido.

Fue ese resplandor plateado y lÃ-quido lo que Alfred recordarÃ-a para siempre. La manera en que la luz del sol se reflejÃ³ en el filo de metal y la breve e intensa belleza del momento.

A continuaciÃ³n, el cuchillo bajÃ³, ese cuchillo especial, hundiÃ©ndose en el pecho del hombre. El tiempo se detuvo y se acelerÃ³ a la vez. El hombre gritÃ³ y la sorpresa, el dolor y el horror retorcieron su cara; y Alfred se quedÃ³ mirando cÃ³mo las manos del hombre se dirigÃ-an al mango del cuchillo, al lugar donde la sangre le manchaba la camisa, cÃ³mo caÃ-a al suelo, cÃ³mo la brisa cÃ¡lida arrastraba su sombrero en medio del polvo.

El perro estaba ladrando con fuerza, la bebÃ© lloraba en la grava, la cara roja y reluciente, el pequeÃ±o corazÃ³n roto, pero para Alfred esos sonidos carecÃ-an de intensidad. Los oÃ-a perdidos en el galope lÃ-quido de su propia sangre desbocada, en el ronco aliento de su respiraciÃ³n entrecortada.

Se habÃ-a soltado la cinta del cuchillo, que se arrastrÃ³ hasta las piedras que bordeaban el cantero del jardÃ-n. Fue lo Ãºltimo que vio Alfred antes de que sus ojos se llenasen de diminutas estrellas titilantes y poco despuÃ©s todo se volviese negro.

Ha de ser impactante presenciar algo asÃ-. Por algo dicen que el instinto protector de las madres no es para tomarse a la ligera. Â¿QuÃ© habrÃ¡ pasado entre ellos?

Â¿QuÃ© les ha parecido? Espero que les haya gustado.

**Dramatis personae** al momento: Alfred, Estados Unidos (el protagonista); Arthur, Inglaterra; Matthew, CanadÃ¡; Peter es Sealand (es el nombre humano que he visto en el fandom) y Emma (la madre de todos ellos), BÃ©lgica. Â¡Ah! Casi lo olvidaba: Michelle es Seychelles xD.

Espero leerlos pronto.

2. CapÃ-tulo 2

Hola! Por inicio subÃ- otro capÃ-tulo. Ando entusiasmada con este proyecto.

Sin mÃ¡s preÃ¡mbulos, el segundo capÃ-tulo.

*Notas al final de la lectura.

2

Suffolk, 2011

LlovÃ-a en Suffolk. En sus recuerdos de niÃ±ez no llovÃ-a nunca. El hospital estaba al otro lado del pueblo y el coche avanzÃ³ lentamente

por una calle principal jalonada de charcos antes de girar en la calzada y detenerse tras dar media vuelta. Alfred mirÃ³ su reflejo en el espejo retrovisor, observando con calma cÃ³mo las arrugas se congregaban en su piel. La gente adoraba sus rasgos. Su manager se lo decÃ-a, los actores a lo que dirigÃ-a se deshacÃ-an en elogios, los entrevistadores no dejaban de admirarlo. HacÃ-a unos meses, una de esas publicaciones de internet habÃ-a creado una encuesta en la que invitaba a los lectores a votar por el rostro favorito de la naciÃ³n, y Alfred habÃ-a quedado segundo (muchos no le perdonaban que hubiera adoptado la nacionalidad estadounidense). Sus rasgos, se decÃ-a, inspiraban confianza en la gente.

Eso serÃ-a muy agradable para ellos. Pero a Alfred le daba igual sentirse viejo. Y estaba viejo, pensÃ³ al desviar su mirada hacia la ventana. Sin embargo no pudo evitar sentir el inexorable paso del tiempo. Ya habÃ-an pasado veinticinco aÃ±os desde que dirigiÃ³ la cinta _En las MontaÃ±as de la Locura_, cuyo rodaje empezÃ³ en Islandia. Â¿CÃ³mo era posible? Alguien habÃ-a acelerado el maldito reloj cuando no estaba mirando, no cabÃ-a otra explicaciÃ³n.

El conductor abriÃ³ la puerta y lo acompaÃ±Ã³ bajo el cobijo de un enorme paraguas blanco.

â€”Gracias, Mark â€”dijo al llegar al toldoâ€”. Â¿Tienes la direcciÃ³n del viernes?

El hombre dejÃ³ en el suelo el bolso de viaje y sacudiÃ³ el paraguas.

â€”Una casa de labranza al otro lado del pueblo, carretera estrecha, un camino al final. A las dos en punto, si le parece bien.

Alfred respondiÃ³ que sÃ- y el hombre asintiÃ³, tras lo cual se apresurÃ³ bajo la lluvia para llegar al asiento del conductor. El coche se puso en marcha y Alfred observÃ³ cÃ³mo se alejaba, preso de una sÃºbita nostalgia por viajar en ese interior cÃ¡lido, agradable y anodino a lo largo de la carretera mojada hacia ninguna parte en concreto. Ir a cualquier lado, en realidad, con tal de no estar ahÃ-.

Alfred contemplÃ³ la puerta de entrada, pero no cruzÃ³ el umbral. En su lugar, sacÃ³ los cigarrillos y encendiÃ³ uno. Dio una calada con mÃ¡s deleite de lo que realmente le sentÃ-a.

HabÃ-a pasado una noche malÃ-sima. HabÃ-a tenido sueÃ±os inconexos con su madre, y con este lugar, y con sus hermanos cuando eran pequeÃ±os, y con Alice de niÃ±a. Una niÃ±a pequeÃ±a y entusiasta, que sostenÃ-a alguno de los libros de _Las CrÃ³nicas de Narnia_ que ella misma habÃ-a escogido leer y le decÃ-a que algÃºn dÃ-a iba a escribir alguna historia cuya trama serÃ-a volver al pasado y arreglar las cosas. _Â¿QuÃ© cosas?_, habÃ-a preguntado en el sueÃ±o. _Vaya, pues todas las cosas que habÃ-an salido mal, claro_... Ã‰l podrÃ-a acompaÃ±arla si querÃ-a.

Claro que querÃ-a.

Las puertas del hospital se abrieron de golpe y salieron dos enfermeras a toda prisa. Una de ellas echÃ³ un vistazo a Alfred y sus ojos se abrieron de par en par al reconocerlo. Alfred asintiÃ³ con un gesto parecido a un entusiasta saludo y tirÃ³ lo que quedaba del

cigarrillo mientras la enfermera se acercaba a su amiga para susurrarle algo al oÃ-do.

Matthew esperaba en uno de los asientos del vestÃ-bulo y, durante una fracciÃ³n de segundo, Alfred lo mirÃ³ como habrÃ-a mirado a una desconocido. Iba envuelto en un abrigo color crema, y su pelo rebelde, que alguna vez fue de color trigo, estaba oculto en una gorra de adolescente, a pesar de un mechÃ³n terco que escapaba de Ã©ste. Alfred sufriÃ³ un arrebato de cariÃ±o casi insoportable cuando notÃ³ que su hermano se habÃ-a traÃ-do consigo un viejo oso de felpa, seguramente de alguno de sus nietos.

â€”Matthew â€”dijo, y ocultÃ³ su emociÃ³n tras una mÃ¡scara perfectÃ-sima de niÃ±o bueno, sano y feliz, odiÃ¡ndose un poco por elloâ€”. Dios, parece una eternidad. Somos como un par de barcos en la oscuridad, tÃº y yo.

Chocaron sus palmas, luego se abrazaron y a Alfred le sobresaltÃ³ el aroma a madera, tan familiar como fuera de lugar. Era el olor de las tardes de las vacaciones de verano en una habitaciÃ³n del _Fairy Tail_, la pensiÃ³n de la abuela, no el olor de su hermano pequeÃ±o.

â€”CÃ³mo me alegra que hayas podido venir â€”dijo Matthew, que le sonriÃ³ a Alfred antes de caminar para guiarlo por el pasillo.

â€”No me lo habrÃ-a perdido por nada.

â€”Claro que no.

â€”HabrÃ-a venido antes si no hubiera sido por la entrevista.

â€”Lo sÃ©.

â€”Y me quedarÃ-a mÃ¡s tiempo de no ser por los la pelÃ-cula, empieza a rodarse en un par de semanas.

â€”Lo sÃ©. â€”Matthew volteÃ³ a verlo directamente, como para realzar sus palabras. â€”MamÃ¡ estarÃ¡ encantada de verte. EstÃ¡ orgullosÃ-sima de ti. Todos lo estamos.

Era angustioso recibir elogios de un familiar, asÃ- que Alfred no prestÃ³ atenciÃ³n.

â€” Â¿Y los otros?

â€”No han llegado. Arthur estÃ¡ en un atasco y Peter llega por la tarde. Viene directo a casa desde el aeropuerto. Nos llamarÃ¡ cuando estÃ© en camino.

â€” Â¿Y Alice? Â¿A quÃ© hora llega?

Era una broma e incluso Matthew, el Kirkland amable, el Ãºnico que no era aficionado a las tomaduras de pelo, no pudo evitar una risita tonta. Su hermana era capaz de construir castillos y ciudades enteras en mundos y galaxias distantes, asÃ- como inventarse vidas de sus habitantes y las difÃ-ciles pruebas que atraviesan, pero bastaba preguntarle a quÃ© hora tenÃ-a pensado llegar para sumirla en el desconcierto.

Doblaron la esquina y se encontraron ante una puerta con un rÃ³tulo que decÃ-a: Â«Emma KirklandÂ». Matthew acercÃ³ la mano al pomo de la puerta, pero dudÃ³.

â€”Tengo que avisarte, Alfred â€”dijoâ€”. MamÃ¡ ha ido a peor desde tu Ãºltima visita. Tiene altibajos. A ratos es ella misma y de repente... â€”Los labios de Matthew temblaron y desviÃ³ la mirada. BajÃ³ la voz al proseguirâ€”: Se desorienta, Alfred, a veces se altera y dice cosas del pasado, cosas que no siempre comprendo... Las enfermeras aseguran que no quiere decir nada, que ocurre a menudo cuando la gente... se encuentra en la fase en la que estÃ¡ mamÃ¡. Las enfermeras le dan pÃ-ldoras que la tranquilizan, pero la dejan muy mareada. No me harÃ-a muchas ilusiones hoy.

Alfred asintiÃ³. El doctor habÃ-a dicho algo parecido cuando llamÃ³ la semana anterior para preguntar por su estado. EmpleÃ³ una letanÃ-a de eufemismos tediosos â€”una vida bien vivida, la hora de responder a la llamada final, el sueÃ±o eternoâ€” con un tono tan empalagoso que Alfred fue incapaz de contenerse: Â«Â¿Quiere decir, doctor, que mi madre se estÃ¡ muriendo?Â». Lo preguntÃ³ con una voz majestuosa, por el mero placer de oÃ-r cÃ³mo tartamudeaba. La recompensa fue dulce pero breve, pues solo durÃ³ hasta que llegÃ³ la respuesta.

_SÃ-_.

La mÃ¡s traicionera de las palabras.

Matthew abriÃ³ la puerta (Â« Â¡Mira a quiÃ©n he encontrado, madre!Â») y Alfred reparÃ³ en que estaba conteniendo el aliento.

Durante su infancia hubo una Ã©poca en la que Alfred tuvo miedo. De la oscuridad, de los zombis, de los desconocidos que, segÃºn la abuela Kirkland, se ocultaban tras las esquinas para raptar a las niÃ±os pequeÃ±os y hacerles cosas indescriptibles. (Â¿QuÃ© tipo de cosas? Indescriptibles. Siempre era asÃ-, una amenaza mÃ¡s terrorÃ-fica por la escasez de detalles, por la vaga sugerencia de tabaco, sudor y vello en lugares extraÃ±os). Tan convincente habÃ-a sido su abuela que Alfred sabÃ-a que era una cuestiÃ³n de tiempo que el destino lo encontrase y cumpliese sus perversos designios.

En ciertas ocasiones, sus mayores miedos se acumulaban, asÃ- que se despertaba por la noche gritando porque el zombi del armario la miraba por el ojo de la cerradura, a la espera de comenzar sus terrorÃ-ficas obras.

Â«Calla, angelito â€”lo tranquilizaba su madreâ€”. No es mÃ¡s que un sueÃ±o. Tienes que aprender a diferenciar entre lo que es real y lo que es mentira. A mÃ- me llevÃ³ muchÃ-simo tiempo comprenderlo. DemasiadoÂ». Y entonces se sentaba junto a Alfred y decÃ-a: Â« Â¿Y si te cuento una historia sobre una niÃ±a pequeÃ±a que se escapÃ³ para unirse a un circo?Â».

Era difÃ-cil creer que la mujer cuya poderosa presencia derrotaba todos los terrores nocturnos era esta misma pÃ¡lida criatura extraviada bajo las sÃ¡banas del hospital. Alfred habÃ-a pensado que estaba preparado. Algunos de sus amigos habÃ-an muerto, conocÃ-a el aspecto de la muerte cuando llegaba la hora.

Pero esto era diferente. Se trataba de su madre. Quiso darse la

vuelta y echar a correr. No lo hizo. Matthew, de pie junto a la estanterÃ-a, asintiÃ³ para darle Ã¡nimos, y Alfred se metiÃ³ en el papel del hijo diligente que estÃ¡ de visita. Se moviÃ³ con premura para tomar la frÃ¡gil mano de su madre.

â€”Hola â€”dijoâ€”. Hola, madre querida.

Los ojos de Emma parpadearon antes de cerrarse de nuevo. Su respiraciÃ³n prosiguiÃ³ con un ritmo dulce cuando Alfred besÃ³ con delicadeza sus mejillas de papel.

â€”Te he traÃ-do algo. No podÃ-a esperar a maÃ±ana. â€” DejÃ³ sus cosas en el suelo y sacÃ³ un pequeÃ±o paquete de una de las maletas. Tras una breve pausa por respeto a las convenciones, comenzÃ³ a desenvolver el regaloâ€”. Un cepillo â€”dijo, dando vueltas al objeto plateado entre los dedosâ€”. Tiene unas cerdas suavÃ-simas, de jabalÃ-, creo; lo encontrÃ© en una tienda de antigÃ¼edades en Liverpool. Les pedÃ- que grabasen tus iniciales, Â¿ves?, aquÃ- mismo. Â¿Quieres que te cepille el pelo?

No esperaba respuesta, y no recibiÃ³ ninguna. Con cuidado, Alfred pasÃ³ el cepillo a lo largo de esos mechones finos y canosos que formaban una corona sobre la almohada en torno a la cara de su madre, cabellera que en otro tiempo fue abundante, de un rubio vibrante, y ahora se disolvÃ-a en el aire.

â€”Ya estÃ¡ â€”dijo y dejÃ³ el cepillo en el estante, de tal modo que la luz daba en la floritura de la Â«FÂ»â€”. Ya estÃ¡.

Por alguna razÃ³n, Matthew debiÃ³ de sentirse satisfecho, pues le entregÃ³ el Ã¡lbum que habÃ-a cogido del estante y le indicÃ³ que iba a salir a preparar el tÃ©. HabÃ-a distintos papeles en las familias: ese era el de Matthew, este era el suyo. Alfred se acomodÃ³ en un asiento que parecÃ-a de enfermos, junto a la almohada de su madre, y abriÃ³ el viejo libro con atenciÃ³n. La primera fotografÃ-a era en blanco y negro, con una serie de puntos marrones a lo largo de la superficie. Bajo las manchas, una joven con un paÃ±uelo sobre el pelo habÃ-a quedado atrapada para siempre en un momento atribulado. Mientras alzaba la vista de lo que estuviese haciendo, levantaba la mano como si quisiese espantar al fotÃ³grafo. SonreÃ-a pÃ-cara, molesta y divertida al mismo tiempo, la boca abierta para pronunciar unas palabras ya olvidadas. Una broma, habÃ-a preferido pensar siempre Alfred, un comentario ingenioso destinado a la persona detrÃ¡s de la cÃ¡mara. Era probable que se tratase de uno de los muchos huÃ©spedes de antaÃ±o de la abuela: un vendedor ambulante, un veraneante solitario, algÃºn burÃ³crata silencioso de zapatos lustrosos a la espera del fin de la guerra mientras se dedicaba a una tarea segura. DetrÃ¡s de la mujer, se veÃ-a la lÃ-nea de un mar en calma, si quien veÃ-a la fotografÃ-a sabÃ-a que estaba ahÃ-.

Alfred sostuvo el libro sobre el cuerpo inmÃ³vil de su madre y comenzÃ³:

â€”MamÃ¡, aquÃ- estÃ¡s en la pensiÃ³n de la abuela Kirkland. Es 1944 y la guerra ya toca a su fin. El hijo pelirrojo de la seÃ±ora Kirkland todavÃ-a no ha vuelto, pero volverÃ¡. En menos de un mes, la abuela te enviarÃ¡ al pueblo con las cartillas de racionamiento y cuando vuelvas con la compra encontrarÃ¡s a un soldado pelirrojo sentado a la mesa de la cocina, un hombre al que no has visto antes pero a quien reconoces gracias a la fotografÃ-a enmarcada sobre la

repisa. Tiene mÃ¡s aÃ±os cuando lo conoces que en ese retrato, y estÃ¡ mÃ¡s triste, pero viste de la misma manera, con sus pantalones de soldado, y te sonrÃ-e y sabes al instante que se trata del hombre a quien has estado esperando.

Alfred pasÃ³ la pÃ¡gina, usando el pulgar para alisar la esquina de la lÃ¡mina protectora de plÃ¡stico, ya amarillenta. Con los aÃ±os se habÃ-a vuelto quebradiza.

â€”Te casaste con un vestido que cosiste tÃº misma con un par de cortinas de una habitaciÃ³n de invitados que la abuela Kirkland se resignÃ³ a sacrificar. Bien hecho, querida mamÃ¡; seguro que no fue nada fÃ¡cil convencerla. Ya sabemos cÃ³mo era la abuela con esas cosas. Hubo una tormenta la noche anterior y te preocupaba que lloviese el dÃ-a de tu boda. Sin embargo, no lloviÃ³. BrillÃ³ el sol y las nubes se dispersaron y la gente dijo que eso era un buen presagio. Aun asÃ-, no corriste riesgos: ahÃ- estÃ¡ el seÃ±or Hatch, el deshollinador, a los pies de la escalera de la iglesia para traer suerte. Para Ã©l fue un placer darte el gusto: con la suma que papÃ¡ le pagÃ³ comprÃ³ unos zapatos nuevos para su hijo mayor.

No podÃ-a saber con certeza, estos Ãºltimos meses, si su madre la escuchaba, si bien la enfermera mÃ¡s amable dijo que no habÃ-a motivos para pensar lo contrario, y en ocasiones, a medida que avanzaba por el Ã¡lbum de fotos, Alfred se permitÃ-a la libertad de inventar... Nada demasiado discrepante: solo lo consentÃ-a cuando su imaginaciÃ³n se desviaba de la acciÃ³n principal, hacia la periferia. A Arthur le parecÃ-a mal, decÃ-a que esa historia era importante para su madre y que Alfred no tenÃ-a derecho a adornar la verdad, pero el doctor se habÃ-a limitado a encogerse de hombros cuando le comentaron las transgresiones y dijo que lo que de verdad importaba era hablar con ella, no tanto la verdad de lo dicho. Se volviÃ³ hacia Alfred con un guiÃ±o: Â«De usted es del que menos deberÃ-a esperarse que se atuviese a la verdad, seÃ±or KirklandÂ».

A pesar de que se habÃ-a puesto de su lado, a Alfred le ofendiÃ³ esa supuesta connivencia. Estuvo a punto de explicar la diferencia entre hacer una pelÃ-cula sobre ciencia ficciÃ³n y decir mentiras en la vida real, para dejarle bien claro a ese doctor impertinente de pelo demasiado negro y dientes demasiado blancos que la verdad importaba en ambos casos, pero comprendiÃ³ que era inÃºtil mantener una discusiÃ³n filosÃ³fica con alguien que llevaba una pluma con forma de palo de golf en el bolsillo de la camisa, asÃ- que relajÃ³ sus puÃ±os.

PasÃ³ de pÃ¡gina y se encontrÃ³, como siempre, con los retratos de Ã©l mismo de bebÃ©. NarrÃ³ con celeridad sus primeros aÃ±os (el pequeÃ±Ã-simo Alfred durmiendo en una cuna con estrellas y lunas pintadas en la pared; parpadeando adusto en los brazos de su madre; ya un poco crecido, tambaleÃ¡ndose entre los bajÃ-os a orilla del mar) antes de llegar a ese punto en el que dejaba de recitar y comenzaban sus recuerdos. PasÃ³ de pÃ¡gina, lo que desatÃ³ el ruido y las risas de los otros. Â¿Era una coincidencia que sus primeros recuerdos estuviesen tan vinculados con sus hermanos?

Llegaron una tras otra: se tiraban por la hierba, saludaban por la ventana de la casa del Ã¡rbol, esperaban en fila ante _Middlearth_ (su casa), bien peinados e inmÃ³viles, limpÃ-simos y con ropa nueva, para comenzar una excursiÃ³n ya olvidada.

Las pesadillas de Alfred habÃ-an cesado tras el nacimiento de sus hermanos. O, mÃ¡s bien, se habÃ-an transformado. Ya no recibÃ-a visitas de zombis, monstruos o desconocidos que se ocultaban por el dÃ-a en el armario; en su lugar, comenzÃ³ a soÃ±ar con un maremoto que se aproximaba, o con el fin del mundo, o el comienzo de otra guerra, y ella sola tenÃ-a que mantener a sus hermanos a salvo. De las cosas que su madre le dijo durante la infancia, era una de las que recordaba con mÃ¡s claridad: Â«Cuida a tus hermanos. TÃº eres el mayor, no los pierdas de vistaÂ». Por aquel entonces, no se le ocurriÃ³ a Alfred pensar que su madre hablaba por experiencia; que, implÃ-cito en esa advertencia, se hallaba el viejÃ-simo dolor por un hermano a quien perdiÃ³ durante un bombardeo en la Segunda Guerra Mundial. Los niÃ±os podÃ-an ser asÃ- de egoÃ-stas, en especial los felices. Y los Kirkland habÃ-an sido niÃ±os mÃ¡s felices que la mayorÃ-a.

â€”AquÃ- estamos en Pascua. AquÃ- estÃ¡ Peter en la trona, asÃ- que serÃ¡ 1956. SÃ-, eso es. Â¿Ves? Matthew tiene el brazo escayolado, el brazo izquierdo esta vez. Arthur estÃ¡ haciendo el payaso sonriendo al fondo, pero no por mucho tiempo. Â¿Te acuerdas? Esa fue la tarde en que saqueÃ³ la nevera y devorÃ³ todos los cangrejos. PapÃ¡ los habÃ-a traÃ-do cuando fue de pesca el dÃ-a anterior. â€” Fue la Ãºnica vez que Alfred lo vio enfadado de verdad. Se habÃ-a despertado de la siesta, baÃ±ado por el sol, con el capricho de comer algÃºn cangrejo y en el frigorÃ-fico solo encontrÃ³ los caparazones huecos. AÃºn podÃ-a ver a Arthur escondiÃ©ndose tras el sofÃ¡, el Ãºnico lugar donde su padre no podÃ-a alcanzarlo con sus amenazas de darle una buena zurra (amenaza falsa, pero no por ello menos terrorÃ-fica), y negÃ¡ndose a salir. Rogaba a quien pasase cerca que se apiadase y, por favor, por favorcito, le acercase su ejemplar de _Pippi Calzaslargas_. El recuerdo conmoviÃ³ a Alfred. HabÃ-a olvidado lo divertido que podÃ-a ser Arthur cuando no dedicaba todas sus energÃ-as a estar enfadado.

Algo se deslizÃ³ de la parte trasera del Ã¡lbum y Alfred lo recogiÃ³ del suelo. Era una fotografÃ-a que no habÃ-a visto nunca, un retrato a la vieja usanza, en blanco y negro, de dos jÃ³venes cogidas de los brazos. Se reÃ-an de ella dentro de ese marco blanquecino, de pie en una sala de la que colgaban banderitas, a la luz del sol que entraba por una ventana que no quedaba a la vista. Le dio la vuelta en busca de una anotaciÃ³n, pero no habÃ-a nada escrito salvo la fecha: mayo de 1941. QuÃ© extraÃ±o. Alfred se sabÃ-a de memoria el Ã¡lbum familiar y esta fotografÃ-a, estas mujeres, no formaban parte de Ã©l. Se abriÃ³ la puerta y apareciÃ³ Matthew, con dos tazas de tÃ© temblando sobre unos platitos.

â€” Â¿Has visto esto, Matthew? â€”Alfred alzÃ³ la foto.

Matthew dejÃ³ una taza en la mesilla, mirÃ³ con los ojos entrecerrados la fotografÃ-a y sonriÃ³.

â€”SÃ-, claro â€”dijoâ€”. ApareciÃ³ hace unos meses en Middlearth... PensÃ© que podrÃ-as buscarle un lugar en el Ã¡lbum. Â¿A que es _cool_? QuÃ© genial es descubrir algo nuevo de mamÃ¡, sobre todo ahora.

Alfred mirÃ³ una vez mÃ¡s la fotografÃ-a. Las jÃ³venes lucÃ-an peinados tipo _victory roll_ de los aÃ±os cuarenta, faldas a la altura de la rodilla; de la mano de una de ellas pendÃ-a un cigarrillo. Por supuesto, era su madre. Su maquillaje era diferente.

Ella era diferente.

â€”QuÃ© raro â€”dijo Matthewâ€”, nunca pensÃ© en ella asÃ-.

â€”AsÃ-, Â¿cÃ³mo?

â€”Joven, supongo. DivirtiÃ©ndose con una amiga.

â€” Â¿No? Me pregunto por quÃ©. â€”Aunque, por supuesto, lo mismo era cierto para Alfred. En su mente (en la mente de todos ellos, al parecer), la madre habÃ-a llegado al mundo cuando respondiÃ³ el anuncio que la abuela habÃ-a publicado en un periÃ³dico en busca de una empleada para todo, para trabajar en la pensiÃ³n. ConocÃ-an lo esencial del pasado anterior: que habÃ-a nacido en Gantes, BÃ©lgica pero habÃ-a crecido en Calais, Francia; que habÃ-a huido a Londres justo despuÃ©s del comienzo de la guerra, que su familia habÃ-a muerto durante los bombardeos. Alfred sabÃ-a, ademÃ¡s, que la muerte de su familia la habÃ-a afectado profundamente. Emma Kirkland habÃ-a aprovechado la menor oportunidad para recordar a sus hijos que la familia lo era todo: ese habÃ-a sido el mantra de su infancia. Cuando Alfred atravesaba una fase especialmente dura de su adolescencia, su madre la tomÃ³ de las manos y dijo: Â«No seas como yo, Alfred. No esperes demasiado para comprender quÃ© es lo importante. QuizÃ¡s tu familia te vuelva loco a veces, pero es mÃ¡s importante para ti de lo que puedes imaginarteÂ». No obstante, en cuanto a los detalles de su vida antes de conocer a Scott Kirkland, Emma nunca les aburriÃ³ con ellos, y sus hijos nunca se molestaron en preguntar. No habÃ-a nada raro en ello, supuso Alfred con cierto malestar. Los hijos no exigen que sus padres tengan un pasado y les resulta un tanto increÃ-ble, casi embarazoso, que estos aseguren haber tenido una existencia previa. Ahora, sin embargo, al mirar a esta desconocida de los tiempos de la guerra, Alfred lamentÃ³ vivamente esa falta de conocimiento.

Durante sus comienzos como director, otro director muy conocido se habÃ-a inclinado sobre el guion, se habÃ-a enderezado las gafas de culo de vaso y le habÃ-a dicho a Alfred que no tenÃ-a la pinta para dirigir a grandes personalidades de la industria. Fue una advertencia dolorosa y Alfred se enojÃ³, tras lo cual dedicÃ³ horas a mirarse en el espejo, casi sin querer, antes de volverse a poner sus anteojos (el pensÃ³ que estos le restaban personalidad). Sin embargo, fue un momento crucial en su carrera. Era un aprendiz de carÃ¡cter. El director lo escogiÃ³ para ser su asistente de direcciÃ³n y recibiÃ³ sus primeras crÃ-ticas entusiastas. Y por fin le dieron la oportunidad para dirigir su propia pelÃ-cula. Al pÃºblico le maravillaba su capacidad de dirigir a los actores desde dentro, de hacerlos sumergirse y desaparecer bajo un ambiente tenso, terriblemente desconocido pero no habÃ-a truco alguno; simplemente, tenÃ-a que recordar las lecturas de los libros de H. P. Lovecraft. Alfred sabÃ-a mucho acerca de guardar secretos, especialmente aquellos que tenÃ-an que ver con un pasado turbio. SabÃ-a tambiÃ©n que asÃ- se descubrÃ-a de verdad a la gente, oculta tras sus manchas mÃ¡s negras.

â€” Â¿SabÃ-as que nunca la habÃ-amos visto tan joven? â€” Matthew se encaramÃ³ al brazo del sillÃ³n de Alfred, su aroma a madera era mÃ¡s intenso que antes, y cogiÃ³ la fotografÃ-a.

â€” Â¿De verdad? â€”Alfred iba a sacar los cigarrillos, recordÃ³ que se encontraba en un hospital y cogiÃ³ el tÃ© en su lugarâ€”. Supongo

que sÃ-. â€”Gran parte del pasado de su madre eran manchas negras. Â¿Por quÃ© nunca le habÃ-a molestado antes? Una vez mÃ¡s, echÃ³ un vistazo a la fotografÃ-a, a esas dos mujeres que ahora parecÃ-an reÃ-rse de su ignorancia. IntentÃ³ hablar en un tono despreocupadoâ€”: Â¿DÃ³nde dices que la encontraste, Matthew?

â€”Dentro de un libro.

â€” Â¿Un libro?

â€”En realidad, una obra de teatro: Peter Pan.

â€” Â¿MamÃ¡ saliÃ³ en una obra? â€”Su madre habÃ-a sido muy aficionada a los disfraces y a los juegos improvisados, pero Alfred no recordaba que hubiese actuado en una obra de verdad.

â€”Eso no lo sÃ© con certeza. El libro era un regalo. TenÃ-a una dedicatoria... Ya sabes, como nos pedÃ-a que hiciÃ©semos cuando Ã©ramos pequeÃ±os.

â€” Â¿QuÃ© decÃ-a?

â€”_Â«Para EmmaÂ»_. â€”Matthew entrelazÃ³ los dedos en su esfuerzo por recordarâ€”. Â«_Una amistad verdadera es una luz entre las tinieblas. Emily_Â».

Emily.

El nombre tuvo un efecto extraÃ±o en Alfred. SintiÃ³ calor y a continuaciÃ³n frÃ-o en la piel y le retumbaron las sienes. Por su mente pasÃ³ una serie de imÃ¡genes vertiginosas: un filo que resplandecÃ-a, la cara asustada de su madre, una cinta roja que se desataba. Recuerdos viejos, recuerdos desagradables que el nombre de esa desconocida habÃ-a avivado por alguna razÃ³n.

â€”Emily â€”repitiÃ³, hablando mÃ¡s alto de lo que pretendÃ-aâ€”. Â¿QuiÃ©n es Emily?

Matthew alzÃ³ la vista, sorprendido, pero Alfred no llegÃ³ a saber su respuesta, pues Arthur entrÃ³ por la puerta como una exhalaciÃ³n, con una multa de trÃ¡fico en la mano. Ambos hermanos se giraron hacia esa poderosa indignaciÃ³n y por tanto nadie notÃ³ la brusca respiraciÃ³n de Emma, la angustia que se reflejÃ³ en su rostro al oÃ-r el nombre de Emily. Cuando las tres hermanas Kirkland se reunieron alrededor de su madre, Emma parecÃ-a dormir tranquila; en sus rasgos no habÃ-a indicio alguno de que habÃ-a abandonado el hospital, ese cuerpo agotado y a sus hijos para viajar en el tiempo hasta una noche oscura de 1941.

Â¿QuÃ© les pareciÃ³? Si, si. Yo tambiÃ©n ando intrigada. Â¿QuiÃ©n es Emily?

Dramatis Personae al momento: Alfred, Estados Unidos; Arthur, Inglaterra; Matthew, CanadÃ¡; Peter, Sealand; Emma, BÃ©lgica y Scott es Escocia (el fandom lo caracteriza pelirrojo). Â¡Ah! Y Emily es...

Los dejarÃ© con el suspenso un poco mÃ¡s. Conforme vaya pasando la historia habrÃ¡ mÃ¡s pistas. O incluso con nombre ya sabrÃ¡n de

quiÃ©n es.

Nos leemos pronto!

End
file.